



Porque aquella, la anterior, era muy fina y no daba un paso si no era para marcharse a Berlín o Londres o Nueva York o Viena y otros sitios así¹; pero, esta, hay que ver la manía tan tonta que tiene de pegarse unas caminatas horrosas, en alpargatas y sin duchar que, como yo le digo², “¿y para esto hay que irse tan lejos?”.

Pero esta, ya digo, es muy diferente. Competente, sí, y con sus idiomas a cuestras a todas partes, que no son — las partes, quiero decir — como si dijésemos ninguna; tan hogareña la muy tonta como es, que no pone el pie fuera de su casa si no es para venir a trabajar o para ir a comprar comida, no para ella, que se alimenta malamente o de cualquier manera, comida y arena para sus gatos, que vive rodeada de gatos y, cómo yo le digo, qué manía con los gatos y que por que le gustan tanto los animales, y ella dice que porque se entiende de maravilla con ellos, con todos ellos, y que sería feliz si viviera en una selva, o en una sabana — que no sabe, ni yo tampoco tanto trabajo como tengo que no me queda tiempo para nada —, nada más con ellos y sin ninguna persona, que, como yo le digo, “¿y para eso hacen falta tantos idiomas?”.

Ella contesta que los idiomas le hacen falta para ser una buena secretaria, bien cotizada, y así tener una situación económica que le permita alimentarlos. Ah, y al perro, que también tiene un perro.

¹ Y de punta en blanco siempre, hecha una señora con sus tacones y sus trajecitos chaqueta Chanel.

² porque como cuando volvió el año pasado después de estar en las últimas y me enseñó las fotos y me contó tantas vicisitudes y penurias y le dije “pero hija ¿tú pasas estas miserias para descansar o para purgar tus culpas?” parece que se molestó porque “hay que ver”, me dijo, “cómo es usted; para una vez que, alegando que me dolía la tripa porque estaba con la regla, me marché de compras” yo, que no tengo gana de tirantezas, procuro medir las palabras.